

# El Salvador proceso

informativo      semanal

Año 20  
número 884

diciembre 30  
1999

ISSN 0259-9864

Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación

- 1999: un año incierto para la democracia**
- Balance político**
- Balance económico**
- Balance social**
- Balance regional**
- Balance de la opinión pública**
- Los derechos humanos en 1999 (I)**
- Cronología**

## El balance de la opinión pública

El primer trimestre del año 1999 estuvo marcado por la dinámica política electoral. Las elecciones que se realizarían en los primeros días del mes de marzo contribuyeron no sólo a la avalancha de propaganda electoral que suele inundar a los medios de comunicación en esas fechas, sino también a que la agenda de los mismos y de las instituciones del país estuviesen determinadas por el paso de la campaña presidencial. En tal sentido, la opinión pública salvadoreña estuvo mediatizada por eso, y específicamente por los sucesos políticos alrededor de la misma.

Francisco Flores y los problemas en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional fueron los principales focos de atención de la opinión pública en ese primer tercio del año. El primero, como producto de una astuta y bien planificada estrategia de posicionamiento político por parte de su equipo de campaña, y la cual dio inicio desde principios del año anterior. Por su lado, los problemas al interior del FMLN siguieron llamando la atención de buena parte de los ciudadanos, en parte como producto del tratamiento que la prensa nacional hizo de esos asuntos y los cuales habían sido destapados formalmente hacia la segunda mitad de 1998.

Las encuestas de opinión pública mostraban, a inicios de 1999, una creciente simpatía por la figura del candidato de ARENA. Como se ha dicho, esto fue producto de la bien lograda estrategia electoral de tal partido, pero no sólo eso. La ausencia de un contrincante que poseyera los atributos de independencia, frescura y que contara con todos los recursos de propaganda con los que contaba Flores favorecieron la figura del candidato oficialista, haciéndolo ver como el único candidato que poseía la capacidad para hacerse cargo de la Silla Ejecutiva. Flo-

res supo acercarse a las preferencias políticas de los ciudadanos proyectando una imagen de independencia con respecto del partido oficial e inclusive con respecto al gobierno en funciones. Criticó y tomó distancia de algunas acciones del gobierno en el área económica y especialmente en el campo de la seguridad pública; llegó a hacer eco de las palabras del Papa para criticar las desigualdades que ha creado el neoliberalismo y anunció que implementaría una nueva política de seguridad pública que fuese efectiva. Pero probablemente, el lema o mensaje que más impacto parece haber tenido en su aceptación como presidente fue el que le presentaba como un político dispuesto a *escuchar* a la gente, a atender de forma interesada las demandas y reclamos de la población.

Eso no sólo le granjeó la imagen de independencia política frente al público, sino que además le confirió un aura de frescura en el campo tan denostado de la política nacional. El otro lema de campaña que acompañó al esfuerzo propagandístico fue que Francisco Flores representaba *una nueva forma de hacer política*. A pesar de que tenía ya una trayectoria en los anteriores gobiernos de ARENA y era presidente de la Asamblea Legislativa a la hora de ser elegido como el candidato oficialista, Flores fue presentado como una persona joven, con muy buenas intenciones y maneras, con una profesión excepcional, que no podía considerarse un político tradicional y que estaba dispuesto a dejarse guiar por las aspiraciones de la población.

Ello le representó no sólo un significativo respaldo de buena parte de la población electoralmente activa más allá de ARENA, sino que además generó una expectativa considerable sobre las capacidades del candidato arenero para dirigir al país en un mo-

mento nacional de creciente desencanto. Es bajo ese contexto que Francisco Flores gana la presidencia.

Por otra parte, el FMLN tuvo dificultades para rescatar su imagen luego de los incidentes en torno a la unidad de su partido. Aunque en el primer trimestre de 1999, los dirigentes de ese partido de oposición se esforzaron por dar una imagen de unidad, los problemas del partido continuaron siendo publicitados por la prensa nacional y el tema siguió estando en la agenda de discusión de la opinión pública. El candidato del Frente, Facundo Guardado, por su parte, no pudo contribuir a proyectar la imagen de independencia partidista y de frescura que pareció tan necesaria para la gente en ese momento. Por el contrario, su sola designación como candidato de la coalición de izquierda proyectaba la imagen opuesta de la que buena parte de la población estaba esperando en las elecciones. Por un lado, el candidato de la izquierda representaba la faceta más tradicional del hombre de partido, un candidato que salía precisamente de la dirigencia del partido y con una trayectoria muy vinculada al mismo. Esto contribuyó muy poco al buen desempeño electoral del FMLN, contribuyendo a la victoria indiscutible del candidato oficialista.

El resultado de las elecciones no fue, por tanto, sorprendente. Las mismas se realizaron, hay que decirlo, con el más bajo nivel de participación ciudadana en una elección presidencial desde que comenzó el ciclo electoral actual. En otras palabras, el fenómeno predominante fue nuevamente el abstencionismo. De hecho, todas las encuestas preelectorales mostraban que la mayoría de los salvadoreños tenía muy poco interés en el proceso y que poseía muy poca confianza en el mismo; más aún, la opinión más frecuente era que las elecciones no eran útiles para resolver los problemas y para mejorar las condiciones del país. De tal manera, que la mayoría de los ciudadanos dejó correr la campaña sin involucrarse

en ella y ya sea por indiferencia o por conivencia pasiva esperaron a ver el resultado de las mismas. El avance del candidato oficialista en la aceptación popular se dio esencialmente entre el sector de la población que estaba dispuesta a votar y a participar electoralmente y que proviene en su mayoría—relativa—de las clases medias y altas de la sociedad; de tal manera que aquellas personas que no votaron—la mayoría proveniente de los sectores más pobres de la ciudadanía—no lo hicieron porque no le dieron importancia al evento y sencillamente se quedaron esperando el desempeño del nuevo gobierno.

El segundo trimestre del año estuvo marcado por un aumento en las expectativas de la población con respecto al nuevo gobierno arenero. Una vez elegido formalmente al presidente, las acciones del mismo y las promesas efectuadas en campaña operaron como caldo para que buena parte de la población se mantuviera a la expectativa de los cambios que habría de promover en el país desde el poder. El anuncio de nombrar personas en el gabinete sobre criterios técnicos y no políticos, dando a entender que estaba más interesado por tener un equipo competente que por tener un equipo comprometido políticamente, contribuyeron a tales expectativas.

Mientras tanto y una vez bajada la atención sobre la política, por parte de los medios de comunicación, los salvadoreños volvieron a fijarse en el problema más grave que ha venido enfrentando el país en los últimos años: la violencia criminal. Para ser más precisos, hay que decir que la delincuencia en realidad nunca dejó de estar entre las preocupaciones fundamentales de los salvadoreños en el año que recién finaliza, pero la preponderancia del mismo ha dependido de qué tanto los medios de comunicación se han dedicado a él a lo largo del año. Desde la población, existe la opinión generalizada de un aumento general en los niveles de criminalidad, pero a decir verdad,

distintas fuentes y registros indican que la magnitud general del mismo seguiría la tendencia de disminución registrada desde el año pasado. Sin embargo, incidentes como los ocurridos en los centros de readaptación de menores con las pandillas, los casos de asesinatos de niños en diferentes lugares del país, los asaltos en los que estaban involucrados policías en servicio y los atracos a instituciones bancarias y comerciales, reforzaron la idea de que la delincuencia seguía aumentando. En todo caso, los niveles de ansiedad social producto de la acumulación temporal del problema han seguido en aumento, y para 1999 cierto sector de los salvadoreños—especialmente la juventud—parecía estar más dispuesto a apoyar soluciones más drásticas.

Luego de un receso en lo político, el tercer trimestre del año estuvo marcado por la evaluación del desempeño del tercer gobierno de ARENA. A diferencia de sus antecesores, Francisco Flores tuvo que enfrentar un coro de desaprobación por sus primeras acciones al frente del Ejecutivo. El desencanto y la frustración de mucho ciudadanos llenaron las páginas de los editoriales y de los noticieros de los medios de comunicación, los cuales coincidían en que el nuevo gobierno no parecía estar tan dispuesto a comunicarse con la población como lo había prometido en su campaña el ahora presidente; además de que los pasos en política económica no parecían ser los que la gente estaba esperando. El anuncio, por ejemplo, de las intenciones de dejar sin efecto la exención de pago de IVA a los productos agrícolas y medicinales, con el argumento de reactivar la economía fue muy mal recibida por la población. Ello sumió al gobierno en una crisis de imagen de la cual no ha podido recuperarse del todo luego de seis meses. De hecho, en las primeras evaluaciones públicas, el presidente y su gobierno fueron reprobados por la mayoría de la población y obtuvieron las calificaciones más bajas que un presidente ha tenido en

sus primeros cien días de gobierno. El resultado de ello en las esferas gubernamentales fue un replanteamiento de la política de comunicaciones, lo cual se evidenció en la renuncia del portavoz presidencial y en la puesta en práctica de los mensajes semanales por parte del presidente. Sin embargo, ello no acalló las críticas a la gestión gubernamental, las cuales paradójicamente fueron el producto de las enormes expectativas creadas en torno a la figura del nuevo presidente.

Aunque cierta parte de la población seguía viendo de forma positiva a la persona del presidente y expresaban aún ciertas esperanzas respecto a su capacidad, la mayoría de la población criticaba la forma aún más furtiva de conducir los asuntos públicos y pensaba que, en realidad, no era él quien tomaba las decisiones al interior del gobierno. El presidente fue criticado por ocultarse en la Casa Presidencial y por contradecir su mensaje de campaña de que estaba dispuesto a escuchar a la población y las sospechas de la existencia de un poder detrás de la silla presidencial hallaron espacio entre la opinión pública.

Adicionalmente, el gobierno fue criticado por su plan de seguridad pública, el cual parecía estar más dirigido al raterismo callejero que a atacar los centros medulares del crimen organizado en el país. En un principio, la gente recibió con optimismo dicho plan, pero posteriormente sumó razones al desencanto cuando comenzó a ver que muchos de esos despliegues tenían más un sentido propagandístico que un sentido de prevención efectiva en contra del crimen.

El tercer trimestre del año fue escenario del incremento de las protestas sociales, como producto de algunas de las medidas anunciadas por el gobierno. Aunque la mayoría de la gente no apoyaba tales protestas, sobre todo las huelgas y las manifestaciones callejeras, sí se mostraron a favor de las demandas de los trabajadores y de los patrulleros. Ello se enmarcó en la crisis que

tuvo que enfrentar el gobierno en los primeros cien días de gestión y en ocasiones la gente llegó a preocuparse por la formación de un ambiente de ingobernabilidad.

Finalmente, el último trimestre del año estuvo caracterizado por dos temas. Por un lado, por la profundización de los conflictos laborales, como producto esencialmente de la huelga en el Seguro Social. Por otro lado, por el inicio de la campaña electoral de cara a los comicios municipales, especialmente en San Salvador. En términos sociales, la huelga del Seguro Social fue acaparando paulatinamente la atención del público salvadoreño en la medida en que las partes en conflicto radicalizaron sus posiciones y otros sectores se fueron involucrando en el mismo. La opinión pública, en lo esencial, varió con respecto a la problemática. Por un lado, seguían no estando de acuerdo con las huelgas como medida de presión por parte de los trabajadores del Seguro, pero por otro lado las opiniones se dividieron al considerar si las demandas eran justas o no. Sin embargo, en dos aspectos los ciudadanos coincidieron mayoritariamente. Primero, en la necesidad de que ese conflicto, tanto como otros puedan ser resueltos acudiendo al diálogo y a la negociación. Segundo, en que la privatización del Seguro Social—uno de los temas en conflicto—no debía llevarse a cabo. El año cerró con el conflicto vigente y con una ciudadanía preocupada por las repercusiones del mismo.

Por el lado de la política, la dinámica electoral se reactivó de nuevo y de forma prematura de cara a las elecciones del 2000. El candidato de ARENA para la Alcaldía de San Salvador, Luis Cardenal comenzó a tener proyección en los medios tanto noticiosos como comerciales una vez fue proclamado por su partido, iniciando así su propia campaña de posicionamiento frente a la población, al tiempo que comenzó una campaña de desprestigio en contra del Alcalde

Silva y principal favorito para la elección. Una de las puntas de lanza de esa campaña de desprestigio lo constituyó el tema de los casinos, asunto que apareció desde mitad de año y al cual los medios de comunicación prestaron gran atención. Algunos medios de comunicación, algunos miembros del gobierno y el candidato arenero a la alcaldía de San Salvador acusaron a la alcaldía capitalina de haber permitido la instalación de casinos en la capital; el asunto tuvo ciertas repercusiones, pero no parece haber sido un tema central en las preocupaciones de la población, por lo que a medida que pasó el tiempo el tema fue abandonado por quienes lo promovían de forma política.

Los medios de comunicación y buena parte de los capitalinos—así como también los residentes del interior del país—siguieron con interés ese inicio no oficial de la campaña y, prácticamente, desde octubre de 1999, buena parte de la discusión pública se centra en la posibilidades o no de reelección de la izquierda en la Alcaldía de San Salvador.

El balance sobre la opinión pública de 1999 no estaría completo si no se hiciera referencia a la discusión sobre el tema de valores que apareció recurrentemente en la agenda de discusión pública del país. Sucesos como la corrupción en el gobierno anterior y el fraude de la PAES generaron discusión pública en torno a los valores de los salvadoreños y sobre los cuales prevalece la idea de pérdida entre amplios sectores de la población.

El año finaliza con un creciente pesimismo e incertidumbre sobre el futuro del país. Al terminar el año 99, los salvadoreños aún no vislumbraban soluciones cercanas y efectivas para los problemas de violencia y economía del país, y, más bien, tenían la impresión de que los mismos se habrían de agudizar por la falta de tino en la conducción del país.